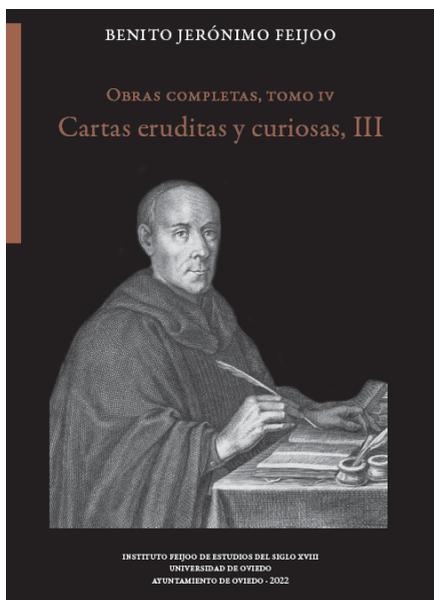


Benito Jerónimo FEIJOO, *Obras completas. Tomo IV. Cartas eruditas y curiosas, III*. Edición crítica de Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Oviedo, 2022, 733 págs.

«Preséntote, lector mío, nuevo escrito y con nuevo nombre, pero sin variar el género ni el designio, pues todo es crítica, toda instrucción en varias materias, con muchos desengaños de opiniones vulgares o errores comunes. Si te agradaron mis antecedentes producciones, no puede desagradarte esta, que es en todo semejante a aquellas, sin otra discrepancia que ser en esta mayor la variedad; y no pienso tengas por defecto lo que, sobre extender a más dilatada esfera de objetos la enseñanza, te aleja más del riesgo del fastidio». Con estas palabras Benito Jerónimo Feijoo daba comienzo a su segundo y último gran proyecto editorial, las *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760), cuyo tercer



volumen podemos leer ahora gracias a la edición que, dentro de la colección de *Obras completas* del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, han dado a la luz Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés. Partiendo de la *editio princeps* (1750) de la Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro en Madrid y contrastada, a fin de despejar lecturas problemáticas, con la primera edición completa de las obras de Feijoo encargada por Campomanes (Madrid, a costa de la Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1765) y la financiada por el Monasterio de Samos (Madrid, Blas Román, 1781), los editores ofrecen una versión pulcra, actualizada y brillantemente anotada del tercer tomo de las *Cartas*.

No pareció equivocarse el Padre Maestro al pronosticar el agrado del público en el prólogo a su primer volumen, pues, lo que en 1742 sonaba a esperanza, en 1750 se acerca más al retrato de la condena del éxito. Así empieza Feijoo su tercer volumen: «Bien sé que en el prólogo de uno de mis escritos (no me

acuerdo cuál) me quejé de la multitud de cartas con que me fatigaban de varias partes, representando al público la imposibilidad de responder a todas, ni aun a la mayor parte de ellas. Pero, habiendo producido aquella queja poca o ninguna enmienda, me veo obligado a repetirla ahora con mucho mayor motivo, pues si antes no podía responder a la mayor parte de las cartas que recibía, mucho menos ahora, cuando ya los años y achaques me han puesto muy pesada la mano para escribir, y no menos pesada la cabeza para dictar».

Los cinco tomos que componen las *Cartas* fueron sucesivamente publicados a lo largo de lo que se ha venido a considerar como el auténtico comienzo de *las luces* en España. El período que abarcaron los reinados de Felipe V (1700-1746) y Fernando VI (1746-1759) y las primeras décadas de Carlos III (1759-1788) fue un alentador momento de protección oficial de la cultura, comunicación y diálogo entre intelectuales, y debate de los principales avances y conflictos del momento. La vida eclesiástica de estos años, que por necesidad tuvo que afectar la producción del benedictino, se caracterizó por el protagonismo de la Compañía de Jesús —entre quienes Feijoo afortunadamente no contaba con enemigos—, los conflictos entre órdenes monacales, las denuncias de la escasa formación del clero bajo y el predominio entre los feligreses de una religiosidad sentimental, milagrera y supersticiosa. En el panorama literario nos encontramos ante el momento más acalorado del debate entre los últimos defensores del convaleciente Barroco y los promotores de la renovación clasicista. En el reino empezaban a resonar los nombres de Torres Villarroel, José Francisco de Isla, Juan de Iriarte o Ignacio Luzán, cuyas producciones iluminaron nuevos derroteros para las letras españolas. El cambio de paradigma se dejó ver en obras como *Ocaso de las formas aristotélicas* (1745), en la que Diego Mateo Zapata liquida fulminantemente la física del estagirita, o en la producción de Andrés Piquer, introductor y defensor de nuevas corrientes filosóficas y científicas.

Producto y simultáneamente motor de estas nuevas sensibilidades y convicciones, las *Cartas eruditas* se escribieron desde el seno de todos estos nuevos debates. Así, por ejemplo, en la carta cuarta de este tercer tomo, «Sobre el libro intitulado *El académico antiguo contra el scéptico moderno*», Feijoo toma partido por la nueva ciencia experimental a través de un extenso comentario crítico —tajante descalificación— de la obra de Luis de Flandes. No menos crítica es su carta sexta «Sobre una disertación médica» en la que, sin mencionar explícitamente el nombre del texto que reprueba, muestra sus reservas generales hacia la tradición hipocrática vigente. De hecho, transversal en la obra de Feijoo fue su particular batalla con la medicina, de cuyos resultados se congratulaba ya en el prólogo de este volumen: «Por repetidas noticias que he tenido de varias partes, sé que muchísimos sujetos de uno y otro sexo que antes vivían misérrima-

mente por vivir médicamente, arreglándose a la dieta que les prescribía el médico sin discrepar un ápice ni en la calidad ni en la cantidad, y asimismo tomando a tiempos sus jarabitos y sus purgas, desengañados después por la lectura de mis escritos, renunciaron a toda droga de botica, no negándose a género alguno de medicamento, *v. gr.*, pescado, leche, frutas, verduras; con que se hallan ahora mucho mejor que antes».

Ampliamente polémica fue, pues, la obra del benedictino, quien siempre mantuvo, sin embargo, buenas relaciones con los monarcas. El tercer volumen se abre con una dedicatoria «Al rey nuestro señor don Fernando el Justo» que, como explican los editores en una de las copiosas notas al pie que contextualizan y enriquecen la lectura de todos los textos, «aunque firmada el 12 de junio de 1750 —cuatro años después de su llegada al trono (9 de julio de 1746)—, debió ultimarla [Feijoo] después del 23, fecha de la insólita orden real prohibiendo a Francisco Soto y Marne imprimir el tercer tomo de sus *Reflexiones crítico-apologéticas* (1749) así como cualquier otra impugnación a Feijoo que se intentara publicar» (p. 15). Efectivamente, la publicación del tomo tercero de las *Cartas eruditas y curiosas* marca un antes y un después, no solo en la relación de su autor con la Corona, sino en su relevancia cultural e ideológica. Medida, la de Fernando VI, muy polémica tanto entre los amigos de Feijoo —Agustín de Ordeñana, secretario de Ensenada, le pide al benedictino por carta que suplique al monarca la retirada de la prohibición, por lo que ella entorpecía la libre circulación de ideas—, como entre sus detractores. Al respecto, Gregorio Mayans, con quien Feijoo mantuvo tensas relaciones, afirmó en su correspondencia privada que «no se hallará en la historia literaria semejante prerrogativa, pues se da privilegio de escribir contra la verdad, sin que por este se puede hacer contradicción».

A pesar de las pugnas políticas y debates ideológicos que este episodio permite entrever, las *Cartas* fueron el producto de los años más tranquilos en la vida de Feijoo. Libre de sus compromisos académicos y de sus responsabilidades como abad del Monasterio de San Vicente de Oviedo, pudo dedicar su tiempo a la lectura de las novedades europeas, como, por ejemplo, el *Spectator* de Addison y Steele, las teorías de Newton —a las que dedicará dos minuciosas cartas en este volumen (xx y XXI)—, la *España sagrada* de Enrique Flórez o la teología de Ramón Llull. Todas ellas encontrarán cabida en este tomo de las *Cartas* —en los números XIX, XX-XXI, XXXII, XXVI, respectivamente—.

Los brillantes ejercicios de anotación de Urzainqui, San José y Olay desentrañan para el lector las numerosas vías por las que Feijoo continúa con sus *Cartas* la labor iniciada en el *Teatro crítico* (1726-1740). En un encomiable ejercicio de rigor y precisión, los editores nos indican que, por ejemplo, la carta decimoquinta «Contra la pretendida multitud de hechizos» sigue la senda

abierta por el quinto discurso del segundo tomo del *Teatro*, «Uso de la mágica», pero también completa lo expuesto en «Transformaciones y transmigraciones mágicas» (TC, IV, 9), «Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España» (TC, VII, 7), «Demoníacos» (TC, VIII, 6) y muchos otros textos más que se rastrean e indican con detalle.

Ahora bien, el comienzo de esta carta decimoquinta nos permite ver la que será la gran diferencia que Feijoo introduce con respecto al *Teatro*. Leamos sus primeras líneas: «Muy señor mío: Muy trasnochada viene ya la reconvencción que Vm. me hace sobre lo que en el discurso quinto del segundo tomo del *Teatro crítico* dije sobre la raridad de hechiceros. Pero ya veo que esta tardanza pendió de que hasta ahora no tenía los materiales que hoy me presenta como objeción contra lo que afirmé en el lugar citado. ¿Y qué materiales son estos? La hechicera de una aldea del Tirol y el mágico de Ingolstad de que le dio noticia un viajero que Vm. no nombra, contentándose con decir que es militar muy entendido. Norabuena que lo sea. ¿Y qué?».

Al servirse del formato epistolar, las *Cartas* encuentran una expresión más leve, amable y natural que la impuesta en el *Teatro* por la forma del discurso. De hecho, los cinco tomos de las *Cartas eruditas* colaboraron en la popularización del género epistolar en España. Siguiendo la estela de algunos de sus precedentes hispanos —como fueran el *Centón epistolario*, entonces atribuida a Fernán Gómez, las *Epístolas familiares* (1539 y 1541) de Antonio de Guevara o las *Cartas filológicas* (1634) de Francisco de Cascales—, Feijoo conecta directamente con el nuevo gusto europeo: la *Lettre sur la comète de 1650* (1682) de Pierre Bayle, las *Letters on Toleration* (1689-1693) de Locke o las *Lettres* (1657-1659) póstumamente publicadas de Descartes vienen a la mente del lector —y seguramente estuvieran en la del benedictino— durante la lectura de las *Cartas*.

Con respecto a la auténtica naturaleza de estas cartas, si real o fingida, Urzainqui, San José y Olay toman la primera posición, y los resultados de su edición parecen darles la razón. Sirviéndose de la escasa correspondencia que se conserva de Feijoo y siguiendo los indicios textuales que el propio autor deja en sus cartas, los editores demuestran —o sugieren allá donde los testimonios no permiten una afirmación rotunda— los nombres de los destinatarios de algunas de las epístolas. De este modo, conocemos que Francisco Arias Carrillo, académico sevillano, recibió la carta novena «Sobre un libro nuevo de medicina»; que al obispo de Coria Francisco Magdaleno se envió la que sería la carta decimoctava «Sobre una extraordinaria inedia»; que la número veintinueve, «Sobre el libro intitulado *Índice de la filosofía moral cristiano-política*», fuese posiblemente enviada al jesuita Felipe de Aguirre; o que los números veintidós —«Sobre la grave importancia de abreviar las causas judiciales»—,

veintitrés —«Erección de hospicios en España»— y treintauno —«Sobre el adelantamiento de ciencias y artes en España. Y apología de los escritos del autor»— estuviesen muy probablemente dirigidos a José de Carvajal, ministro de Ensenada y seguramente artífice de la Real Orden de 1750.

Además de estos ejemplos reales, la tipología de destinatarios en las *Cartas* es muy variada: la carta octava, «Reconvenciones caritativas a los profesores de la ley de Moisés», va destinada a un judío y la décima, «Sobre los nuevos exorcismos», a un obispo. La decimosexta, «Sobre cierta lesión de la vista de un caballero», es un caso especialmente particular que el mismo Feijoo aclara al comienzo del texto: «*En respuesta a la madre del paciente, que había escrito al autor enviándole la consulta que le hacían dos médicos por si hallaba algún remedio al accidente. Donde se advierte que, como la respuesta a la señora es ordenada a que la vean los médicos consultantes, no debe extrañar el lector los textos latinos y noticias físicas, anatómicas y matemáticas que hay en ella* [en cursiva en el original]». La variedad de destinatarios se traduce en una rica variación estilística que hace de las *Cartas* un texto multiforme de ágil lectura. La refutación teológica (carta xxvi) convive con el humor (carta i) o la confesión personal (carta xviii), y es que la variedad estilística se acompaña de una gran diversidad temática.

Junto a los asuntos ya tratados en el *Teatro*, como la medicina (carta ix), las supersticiones (carta xv) o la filosofía (carta xx), en las *Cartas* encontramos tres nuevos ámbitos: la crítica pormenorizada de libros publicados (carta xxix), las propuestas de reforma política y social (carta xxii) y las cartas de carácter autobiográfico (carta v). Esta última temática constituye el que, a mi parecer, es el conjunto epistolar más interesante de este tomo tercero. Si a lo largo de su *Teatro* Feijoo se había mantenido más bien hermético, estas nuevas cartas nos dan pinceladas del carácter del monje. De gran ternura es la carta número veintisiete, «Si es racional el afecto de compasión respecto de los irracionales», cuya introducción me permito reproducir:

Muy señor mío: Lo que Vm. llama curiosidad agradezco yo como favor. Dice Vm. que, entre varias particularidades de mi genio de que le informaron uno u otro sujeto de los que me han tratado, a una sola ha dificultado el asenso por no hallarla correspondiente al concepto que tiene hecho de mi persona; en consecuencia de lo cual, de mí espera saber la verdad. Digo que esta curiosidad agradezco como favor. Lo uno, porque la contemplo indicio seguro del buen afecto que le debo, siendo cierto que el gusto de los hombres no se interesa en noticias tan individuales y menudas sino respecto de hombres de quienes hacen alguna especial estimación, mirando con indife-

rencia cuanto de esta clase pertenece a aquellos que mira con indiferencia. Lo otro, porque el deferir a mi informe en orden a una noticia que, en caso de ser verdadera, no me la considera Vm. ventajosa o favorable supone en Vm. un concepto muy firme de mi veracidad. Vamos al caso. Pintaron a Vm. mi genio tan delicadamente compasivo que no solo me conmueven a conmiseración los males o infortunios de los individuos de la especie humana, mas aun los de las bestias. Y el motivo por que Vm. dificulta el asenso a esta noticia es porque ella le representa un corazón afeminado, estando Vm. hasta ahora en la persuasión de que le tengo muy valeroso.

Diferentes en forma, temática y extensión, todas las cartas comparten ese estilo llano tan preciado a su autor y que, liberado de la rigidez formal del *Teatro*, ahora vuela libre por la página. Humilde sencillez que, en los momentos más inesperados, emite grandes destellos. Sin embargo, la serenidad no aplaca su lengua sardónica y ácida, que irrumpe sin compasión alguna en aquellas cartas en las que critica otros libros publicados. En este tercer tomo tal vez pocos salgan peor parados que los seguidores de Lull: «¿Para qué más? ¿No basta y sobra ya? Esto es el Arte de Lulio que tanto se matan sus sectarios sobre que se lea para hacer recto juicio de ella. ¿No fuera mejor callar?» (carta XXVI).

Feijoo no es tacaño en sus reproches y, al final de su carta décima, cargaba así contra todos los malos escritores que participaban de la «modorra literaria» (carta XXVIII) que imperaba en España: «¡Ah, señor mío! Cuánto más nos importara que a vuelta de tantos exorcismos como hay para la langosta, ratones, gusanos y otras plagas que dañan los frutos saliera a luz algún conjuro fuerte y eficaz contra la horrenda plaga de malos escritores que infestan estos reinos, pues, según va, temo ha de llegar tiempo que en España se diga con verdad: *Desdichada la madre que no tiene algún hijo escritor*». ¿Palabras todavía vigentes, como muchas otras del benedictino? No conviene aquí polemizar, pero sí felicitar a Urzainqui, San José y Olay —así como al resto de colaboradores en esta impecable edición— gracias a cuya brillante labor crítica e interpretativa tenemos hoy la dicha de disfrutar más y mejor de Benito Jerónimo Feijoo.

A ellos se les podrían dedicar las palabras con las que el monje va terminando su última carta: «No me contento con leer y estimar los buenos libros cuando ellos son de algo sobresaliente nobleza; me apasiono extremadamente por sus autores, y efecto de esta pasión es celebrarlos siempre que la ocasión se ofrece, y aun buscando yo la ocasión cuando ella no se me presenta. Así desahago mi afecto, ya que no puedo de otro modo».

FRANCISCO FERNÁNDEZ LÓPEZ